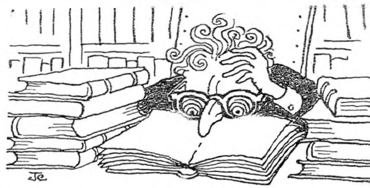

PREMIO CASA 1969

ESPALDARAZO PARA UNA LITERATURA

ANGEL RAMA

MÁS de quinientos originales, de los cuales unos cuatrocientos del exterior, prueban la vitalidad del Concurso de Casa de las Américas, máxime habida cuenta de las dificultades con que tropiezan los autores para remitir copia de sus obras a la isla. Y también considerando que, si bien el concurso es de tipo literario y cultural sin otras imposiciones que las que derivan de la calidad artística de los materiales, el lugar donde se celebra y la institución que lo convoca establecen una nítida opción política, en los participantes, cuyo radio es muy amplio comportando multitud de matices, pero ostentando un denominador común antimperialista.

Los premios este año recayeron sobre figuras poco conocidas de las letras continentales —exceptuado, y por razones más que nada políticas, el premio de ensayo que destacó la obra de Héctor Béjar— cumpliéndose así una orientación cada vez más notoria de este certamen hacia el descubrimiento de nuevos valores literarios más que a la ratificación de consagraciones establecidas. Creo que es una tarea especialmente importante y rica de futuro, sobre todo cuando se considera que el pregonado "boom" de la narrativa hispanoamericana ha tendido a cerrarse en torno a una reducida constelación de grandes figuras, olvidando otros muchos importantes de América, y tácitamente bloqueando el paso a los nuevos valores sin cuya participación no podrá sostenerse una literatura autónoma.

Estas razones creo que espontáneamente funcionaron en los diversos jurados, pero en particular en el de novela (que integraron Alejo Carpentier, David Viñas, Salvador Garmendia, Noé Jitrik y Ángel Rama) al otorgar el premio a un joven escritor boliviano, Renato Prada Oropeza, un desconocido en la literatura hispanoamericana y un escritor que a pesar de sus evidentes condiciones creadoras está todavía en su período de formación. En el ánimo de los jurados el premio distinguió un libro de real interés pero sobre todo funcionó como un espaldarazo a una literatura que viene sufriendo de ingentes dificultades en su aspiración de desarrollo como lo testimonia su escasa participación en el movimiento actual del continente, exceptuado el nombre de Augusto Céspedes.

Entre los cincuenta y tres originales del concurso de novela, podía percibirse un cierto mapa cultural de la América Latina, no sólo en la pluralidad de regiones sino también en su pasmosa convivencia de niveles. Junto a esos textos que corresponden a una literatura para juegos florales o a la distracción de improvisados escritores, jubilados de otras actividades más lucrativas, era posible encontrar una selección de obras que representan instancias históricas y campos creativos muy dispares. La novela regional americana sobrevive en algunos textos que se demoran en formas anquilosadas, mera repetición retórica de los procedimientos que alguna vez hicieron la gloria de Gallegos o Rivera, y en los cuales emerge un rostro también veraz del continente. La liberación sexual del presente pretexta novelas que son más bien confesiones, cuando no meros motivos de escándalo que se agotan en sus términos sin lograr permanencia literaria. Los conflictos sociales del continente reviven las formas de la novela social en múltiples formas, particularmente en textos provenientes de los países centroamericanos: son más crónicas que novelas y en algunos casos confiesan decididamente esa naturaleza cuando enfrentan el momento actual (así una crónica apenas novelada de las rebeliones estudiantiles mexicanas que culminaron en la masacre de Tlatelolco). Las influencias de los narradores cultos actuales se deja ver en ancha gama: los rastros de Juan C. Onetti, Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Juan Rulfo se perciben en libros de jóvenes que comienzan la búsqueda de su propia voz y que lo hacen repasando las lecciones de los maestros actuales, incluso de los narradores más recientes (Marta Traba, José Agustín). La preocupación experimental domina otro sector, más atento a las combinaciones estructurales, al manejo del tiempo, de la articulación de la frase, que a una coherencia profunda entre estos sistemas y la voluntad creativa del universo narrativo.

Al abrirse los sobres, los jurados de novela nos enteramos que Renato Prada Oropeza tiene treinta años y es natural de Potosí. Su juventud y el campo desmedrado de la actividad literaria boliviana actual permiten realzar su intento narrativo donde los aciertos, la invención talentosa y su audacia temática resultan a veces empañados por la inmadurez del autor. Eligió lo más difícil en literatura: narrar desde adentro un suceso histórico contemporáneo —la guerrilla de 1967 que dirigió Ernesto "Che" Guevara en Bolivia— sin escamotear ninguno de los riesgos que un escritor más avezado hubiera obviado. La situación se plantea directamente, el personaje central —un joven seminarista que abandona el convento para incorporarse a la lucha armada— participa del grupo que dirige Guevara, éste interviene y actúa en la novela, y todo ese segmento de la creación responde a un estilo alusivo ya que debe leerse sobre el trasfondo que le presta el "Diario" boliviano de Guevara, al punto que la obra se cierra con el cruce de un río respondiendo a las indicaciones de la mujer vieja que aparece en las últimas páginas del "Diario", como insegura indicadora del camino.

TRES órdenes distintos se conjugan en la novela: la historia del joven seminarista, la historia mayor de la guerrilla y la vida de dos soldados rasos pertenecientes al ejército represivo. Este último es el mejor de los órdenes, literariamente hablando: Prada Oropeza es capaz de crear dos personajes reales, vivientes, utilizando un lenguaje original donde fluyen los gerundios indígenas dentro de una estructura de monólogo interior: el respeto por ambas criaturas, su cauto manejo del humor, el perspectivismo que busca interpretarlos en simpatía como ejemplos del "común", del pueblo boliviano puesto a la errónea tarea de la represión, responden a una interpretación sensible, humana, de los seres comunes y a una utilización inteligente de su aportación expresiva a los efectos de la creación literaria. El orden guerrillero está presentado con cautela, capacidad para obviar el tono heroico y lograr un clima sencillo, coloquial a veces, informativo otras, sin que el tono se levante a la grandilocuencia. La heroicidad se nos ofrece así, como en múltiples páginas del "Diario" del Che, por contraste con la naturalidad de sus manifestaciones cotidianas. Por último el orden central, o sea la vida del protagonista, comporta dos aspectos dispares: en la ilación argumental y en las discusiones que mantiene el personaje con amigos, sacerdotes y familiares, Prada Oropeza utiliza un mecanismo temporal que encima diversas situaciones, intercala réplicas de distintos momentos, empasta circunstancias dispares hasta obtener una fluencia rica de significados y respetuosa del obsesivo discurrir interior. Es una muestra probatoria de su don de escritor. En cambio, en el tema sentimental cae en fórmulas estereotipadas, antiguas, cuando no rozantes de la cursilería, que disuelven la fuerza atemperada que distingue mayoritariamente a su obra, que se manifiestan desde el título del libro: "La canción de la crisálida".

Esta enumeración rápida de virtudes y defectos, pienso que no sólo trazan el perfil de un autor, sino de la situación de una literatura. El fallo de un jurado, en estas circunstancias, es una apuesta sobre el futuro y sólo podrá ratificarse o rectificarse con las obras que dentro de ese campo, en ese autor y en sus compañeros de generación, hayan de surgir estableciendo la autonomía de la literatura boliviana dentro del marco amplio de la actual autonomía literaria hispanoamericana.

El jurado mencionó la novela de un desconocido, Mario Isaac Szichman, argentino avecindado en Venezuela, por su novela "Crónica falsa de extraños sucesos" que mezcla la "*operación Masacre*" *que historió* Walsh, con la vida de una familia judía en la Argentina de las dos últimas décadas, con una serie de cuadros eróticos ingeniosos y con una reconocida admiración por la literatura de Roberto Arlt. Es una novela caótica, apresuradamente articulada, a veces fingiendo un "collage" de cuentos, pero con una escritura intensa de especial libertad inventiva. Si la fluencia general del relato está afectada por la estructura, eso se compensa por la excelencia de las escenas sueltas, algunas de las cuales pueden estimarse antológicas.

Por último en el rubro "recomendaciones especiales" dos textos que, al menos yo, no habría vacilado en mencionar pidiendo publicación: **Mediodía** es una novela peruana que prolonga el experimentalismo de Vargas Llosa y lo complica, trabajando sobre su mismo campo literario: la vida de los jóvenes estudiantes limeños. Las invenciones formales son en ocasiones gratuitas, pero la sensación de fresca recreación de ambientes y tipos apunta a una literatura culta, audaz, moderna, y a un escritor coherente. El otro texto recomendado es de un cubano que según pude averiguar —dado que la Casa de las Américas no abrió los sobres de las obras recomendadas por los cinco jurados, en una actitud que estimo equivocada y que retaceó la participación de los uruguayos en este décimo concurso puesto que al menos dos, Sylvia Lago y Jacobo Langsner, resultaron con obras recomendadas— pertenece a un joven de apenas veinte años. Su obra, **Sábado de Gloria, domingo de Resurrección** es la historia de una infancia dentro de la pandilla de los niños malos, en el período batistiano. Utilizando una división en capítulos que remeda las suertes del juego al rango, se cuenta con sostenida violencia la formación de una conciencia hasta el momento de la pubertad. La aspereza y la intensidad del narrar son buenos sistemas para bocetar figuras —padre, madre, amigos— y para crear expresionísticamente un ambiente elemental, como de jungla humana. El autor se excede en la acumulación de los feísmos cuya efectividad impactante se disminuye a lo largo del relato y no es capaz de apoyar el necesario crecimiento narrativo con un significado subyacente de la aventura de sus criaturas, pero tiene espontáneamente ese don que viene caracterizando a la más joven promoción cubana: un realismo vertiginoso, expresionista, dramático, que evoca, como en los mejores momentos de Norberto Fuentes, la escritura de un Babel y la precisión de un Hemingway.

UN POEMA DE CIRCE MAIA

PALABRAS

> "Tantos millones de bocas tienen pasados..."
> Pedro Salinas

En este cuarto me rodean muebles
que no conoces: tengo puesto ahora
este vestido que no ves y miro
—¿hacia dentro? ¿hacia fuera?— No lo sabes.

Pero ahora y aquí y mientras viva
tiendo palabras —¿ves?— hacia los otros.
Hacia otros ojos van y no son mías,
no solamente mías:
las he tomado como tomo el agua
como tomé la leche de otro pecho.

Vinieron de otras bocas
y aprenderlas fue un modo
de aprender a pisar, a sostenerse.

No es fácil, sin embargo.
Maderas frágiles, fibras delicadas
ya pronto crujen, ceden.
Duro oficio apoyarse sin quebrarlas
y caminar por invisible puente.